

Seix Barral Biblioteca Formentor



Jean-Luc Seigle

Al envejecer,
los hombres lloran





Seix Barral Biblioteca Formentor

Jean-Luc Seigle
Al envejecer,
los hombres lloran

Seguido de *La Imaginot*

Traducción del francés por
Adolfo García Ortega

Hacía ya un calor agobiante. Desnudo, hundido en la cama, con los ojos abiertos, Albert Chassaing apretó el botón del ventilador de plástico azul que había en la mesilla. Una sensación de aire y de frescor. El sudor se enfriaba en su cara, en su torso y en sus muslos. Por fin respiraba. Albert trabajaba «de negro» en la Michelin, en la goma para los neumáticos, la goma fundida que provenía de los heveas de la Indochina profunda, que apestaba y que los ahogaba uno tras otro; el aire removido por el ventilador acudía en su ayuda, pero, de tanto vibrar sobre su piel, acabó por recordarle la existencia de su cuerpo. Era insoportable. Ese cuerpo que Suzanne no solicitaba desde hacía mucho tiempo. De todos modos, cada vez se le ponía tiesa con menos frecuencia. Acabar de repente lo liberaría de todo eso. Pero Albert no pensaba en morir, sólo deseaba acabar de repente. Morir no sería más que el medio.

No era la primera vez que se despertaba con esta idea en la cabeza. ¿Había ahora más razones para hacerlo que

otros días, o sólo algo más tranquilizador esa mañana para dejarse invadir por esta idea? ¿Cuándo había empezado esto? ¿Había habido alguna vez en su vida en que esto no fuera así? Quizá después de la muerte de su padre, cuando se había encontrado solo con su madre y su hermana pequeña. Quedaba tan lejos. Tenía entonces quince años. Era en 1923. Y estamos en 1961. Albert experimentaba aún ciertas alegrías, pequeños placeres insignificantes, sensaciones fugaces e intransferibles. El rocío que exhala el olor a tierra. No había nada que le gustara más que ese olor prehistórico cuando volvía de la fábrica muy temprano por la mañana, después de una noche en el infierno de los neumáticos. El canto de los pájaros en el cerezo, resucitados tras el invierno, o esa manera que el viento tiene de transformar un campo de trigo en un oleaje amarillo y seco. Le gustaban esos minúsculos placeres y otros que a Suzanne no le gustaban, como tener las uñas negras, sudar como un buey y aspirar el olor de las vacas y del estiércol. Era la primera vez que pensaba en la felicidad al mismo tiempo que en terminar su vida. Quizá porque ese deseo del fin estaba arraigado en él desde hacía mucho tiempo, como una bala que se hubiera alojado en su cuerpo sin matarlo. Había conocido a un tipo, Armand Delpastre, que vivió durante muchos años con una bala alemana en el cerebro y que no paraba de decir «¡Yo de metal voy sobrado!», para luego echar una sonora carcajada que mostraba todos sus dientes de oro. ¡Un cachondo, el tal Delpastre! Todo fue bien hasta el día en que a la bala, en tiempo de paz, le dio por acabar su trayectoria; bastó un solo milímetro para ma-

tarlo mientras dormía. En Albert, la bala imaginaria estaba alojada muy cerca del corazón.

La fotografía de su boda colgada de la pared, frente a la cama, captó su atención. Con el vestido blanco que caía a su alrededor en forma de columna, Suzanne parecía una de esas antiguas vírgenes con su ramito de gladiolos blancos y lirios que llevaba como a un niño en brazos. Veintidós años más tarde, ella todavía dormía profundamente a su lado, incluso tal vez soñara. Apenas empezaba a amanecer. Aún presentía la noche. Pensó en su anciana madre, quien, en su habitación, al otro lado de la pared, habría pasado otra noche en blanco. Pensó en Gilles, quien seguramente se habría dormido sobre un libro, hartado de lectura, como un lactante sobre el pecho de su madre. No pensó en su hijo mayor en Argelia.

Albert era uno de esos obreros que vivían todavía en los pueblos de los alrededores de Clermont y que cogían el autocar cada tarde y cada mañana para ir a la Michelin; todos eran campesinos, pero no habían tenido más remedio que abandonar sus tierras para ganarse un poco mejor su vida y la de su familia en la fábrica. La manera como se habían alimentado sus ancestros durante siglos ya no les daba de comer. Era un misterio. Pese a todo, él seguía siendo un campesino, y siempre se empeñaba en hacer notar la diferencia. Ésa era la razón por la que compartía encantado su tentempié con los compañeros a la hora del almuerzo, sobre todo el embutido que él mismo había hecho. Su jamón era famoso en toda la fábrica, y las felicitaciones que recibía cada vez valían más que todos los cumplidos de su capataz por su trabajo. Al término de sus ocho horas de fábrica, la mayor satisfacción de Albert era volver a convertirse en un campesino, por mucho que trabajar la tierra le supusiera restarle horas al sueño. En invierno, cuando el frío y el mal tiempo le impedían estar fuera, arreglaba despertadores en un pequeño taller que había instalado en su garaje, un cobertizo que había cons-

truido a un lado de la casa. Su pasión por la relojería procedía de un fenómeno que lo fascinaba desde siempre, y era el hecho de que un reloj de pulsera o de pared que se paraba o se rompía daba, por lo menos dos veces al día, la hora exacta. Para él, sólo la relojería era capaz de un prodigio así, a diferencia de cualquier otro mecanismo que, una vez averiado, ya no servía para nada.

Pensaba que un hombre debía saber hacer de todo: reparar, construir, cultivar su patatal, ocuparse de su jardín en el que, junto a las legumbres, crecían unas dalias amarillas y unos gladiolos rojos para que su mujer pudiera hacer sus ramos; alimentar a los animales para comerse los, sobre todo el cerdo, aunque este año no había criado ninguno porque le quedaban todavía dos jamones enteros secándose en el granero, ya que Suzanne prefería el jamón cocido que compraba en la charcutería de Saint-Sauveur. Este asunto del jamón cocido era una nadería, pero para Albert fue el primer síntoma de resistencia de su mujer al principio que él siempre había declarado: la comida no se compra.

Y aunque la cocina de leña había sido relegada al fondo del garaje y ya no servía más que para cocer las conservas, Albert seguía cortando cada año varios estéreos de leña. ¡Nunca se sabe! ¡A la mínima podría estallar una nueva guerra mundial como la que él se temía entre rusos y americanos y se quedarían todos de piedra! Si ya despreciaba de por sí a De Gaulle por esa idea estúpida de la concentración parcelaria de las tierras agrícolas más que por su obstinación en Argelia, menos crédito les daba aún al joven Kennedy y al viejo Jruschov. Si lo peor estaba

por llegar, él quería estar preparado para afrontarlo. Ya había afrontado a los boches veintidós años antes, esto no podía ser peor. Pero esta vez sólo se fiaría de sí mismo.

Jamás había hablado de sus años en la guerra, ni de la derrota militar francesa, y menos todavía de sus cuatro años y medio de cautiverio en Alemania. Por otra parte, nadie le había preguntado nada, ni siquiera su mujer. ¡Cinco años perdidos entre la niebla de la guerra y la landa alemana! Que les den por el culo a todos. ¡Peor para ellos! Todavía se descojonaba del Ejército francés y de su línea Maginot. Acostumbraba a hacer burlas de ello, pero con el tiempo esas burlas se habían hecho cada vez más cortantes, carcajadas como vidrios rotos que le traspasaban el corazón. Desde su regreso del cautiverio, necesitó poco tiempo para comprender que, si el mundo había sido devastado en su ausencia, su propio mundo, en Assys, tampoco se parecía en nada al que había dejado a finales de 1939, no sólo por las evidentes razones ligadas a la Historia, sino porque Suzanne había traído al mundo a su primer hijo. Henri tenía casi cinco años cuando él pudo cogerlo en sus brazos por primera vez; su alegría de padre duró el tiempo en que levantó a su muchacho del suelo y éste se puso a gritar. Nunca volvió a encontrar el camino hacia ese primer hijo. Sin la presencia de su madre a su vuelta, no habría logrado jamás restablecer su posición en su casa. De eso estaba seguro. En aquella época, Madeleine Chassaing era todavía valerosa y dominaba a la familia; hoy, no era más que una sombra seca que no podía hacer nada sola, ni siquiera lavarse. Ella había regresado a la infancia, y en ese abismo hacia el que se

deslizaba todo su ser por entero, su vida desaparecía poco a poco, hasta el punto de borrarle el recuerdo de los hijos que había traído al mundo. Todos los días, Albert constataba hasta qué punto su madre lo olvidaba, y sin embargo, frente al desastre de la memoria materna, el deseo de quitarse la vida le despertaba, paradójicamente, el sentimiento de estar todavía vivo más que ninguna otra cosa en su vida.

Imposible seguir acostado por más tiempo. Apagó el ventilador y se levantó de la cama con cuidado de no hacer ruido. Para no despertar a Suzanne. Entre sueños, ésta había apartado la sábana y dormía casi desnuda con su combinación blanca subida a lo largo de sus muslos de nadadora. Él se entretuvo en la combinación, incapaz de saber si era de seda, de crespón de China, de georgette o de raso. Eran palabras que alguna vez había oído. Sólo sabía una cosa, que brillaba. De repente, el mundo de la ropa interior femenina le pareció un vasto territorio desconocido. ¿Alguna vez había desvestido a su mujer, sentido en sus dedos los tejidos de su ropa, de su combinación, de sus prendas íntimas? No, nunca. Siempre había esperado que lo hiciese ella sola y que luego fuese a juntarse con él en la cama. A él le gustaba la piel.

¡No cabía duda de que iba a seguir haciendo un calor agobiante! La palabra agobiante logró hacerle sonreír. Los primeros rayos de sol encendían las hojas ya quemadas

del cerezo, los pájaros cantaban para saludar el nacimiento del día. Era bonito ese cerezo que cantaba y amarilleaba en pleno mes de julio. Era bonito, pero no era normal. Desde la llegada del invierno, nada había sido normal, nunca había habido tantas judías verdes, guisantes, fresas, ruibarbo, nabos, calabazas, espinacas y cerezas. Todo el mundo se regocijaba con esta abundancia, excepto él. La cocina de leña había dejado de zumbear hacia la mitad de la primavera, y Suzanne llevaba ya más de doscientos tarros de legumbres, otros tantos de frutas en almíbar, y ciento cincuenta y tres botes de mermelada. Eso estaba muy bien, hasta él lo reconocía; pero, en el fondo, la abundancia no le gustaba más que la penuria. Sabía que la tierra debía estar a la altura del trabajo y del sudor que ella misma había exigido, ni más, ni menos. Entonces, cuando el cerezo que su abuelo había plantado se cubrió de cerezas en dos semanas hasta el extremo de saturar a hombres y a pájaros, Albert fue el único en comprender que el árbol no tardaría en morir.

Aparte de por toda esa abundancia, Albert estaba sobre todo inquieto por su segundo hijo. Gilles no era como ellos. «Como ellos» no se refería al conjunto de la gente conocida sino sólo a él, a Suzanne y a su primogénito. No era debido únicamente al gusto que ese niño había demostrado muy pronto por la lectura, en una familia en la que nadie leía; también era porque Albert no sabía en lo que ese niño se iba a convertir. Cuando pensaba en el futuro de Gilles, la sola idea lo propulsaba a un espacio no más hostil que éste, pero que él no controlaba. Fue peor después de haberse encontrado con su profesora, la semana pasada. Ésta habló muy desordenadamente de todo, mezclando sus propios proyectos de vacaciones con comentarios sobre el trabajo escolar de Gilles, la ausencia de Gérard Philipe en el Festival de Aviñón, su cansancio, su pasión por el TNP y sobre todo por la tragedia. No podía quejarse: ese verano representaban *Antígona*; no importa qué *Antígona*, la *Antígona* de Sófocles. ¡Ah! ¡Sófocles, señor Chassaing! Finalmente, buscó cómo justificarse por las malas calificaciones en las notas de Gilles y dar un poco de consistencia a la decisión que había to-

mado de hacerle pasar un examen de ingreso en sexto. Era un castigo. Sí, un castigo. Lo había repetido varias veces, porque para ella no era normal ni aceptable que un niño que devoraba los libros como Gilles cometiera tantas faltas de ortografía. Además de imperdonable, era sobre todo inquietante. Seguía totalmente trastornada con esto, como si su diagnóstico revelase una enfermedad incurable de cuyos síntomas ella se hubiera percatado antes que nadie. Dos palabras ofendieron los oídos de Albert con la brutalidad de esos pájaros que, sin razón, se lanzan contra el cristal de una ventana, dos palabras mucho peores que Sófocles o Antígona, de quienes él jamás había oído hablar, y eran las palabras Poesía e Imaginación. Ya las conocía, ya las había oído más veces, pero nunca había tenido que emplearlas, ni en el campo, ni en la fábrica, ni en su familia. Era lo único que acababa de comprender. No, de verdad, él jamás había sentido, ni siquiera considerado, la Poesía y la Imaginación en su vida, ni para él ni para nadie. La profesora abrevió su logorrea, reconociendo con mucho gusto que ese sentido de la Poesía y la Imaginación ayudaba a Gilles algunas veces, especialmente en los sainetes que ella montaba con sus alumnos cada fin de curso y en los que Gilles destacaba. Sádica, se regodeó en la idea de haber abierto un espacio tranquilizador para Albert, justo antes de cerrarlo: «Sí, pero de todos modos de él no va a salir un comediante.» Albert no pudo reprimir su asco; la virgen de la gran escuela de la República, la loca del teatro acababa de revelar con toda precisión, a pesar de sí misma, hasta qué punto menospreciaba a sus alumnos, en particular a los de clase obrera.

Ella puso término a esa discusión rápidamente, incapaz de hacer frente a sus propias torpezas, lejos de suponer que las palabras Poesía e Imaginación, que ella misma había inoculado en la cabeza de Albert, se expandirían por él como un veneno. Sin embargo, él no concebía mayor imaginación poética que el despertador para recuperar el tiempo que había inventado en sus ratos libres invernales; pero si alguien le hubiese hablado de la poesía de su trabajo de relojero aficionado y hubiese alabado la imaginación de sus creaciones, se habría echado a reír, él que se obstinaba en no ver en sus péndulos y sus despertadores más que simples y fascinantes mecanismos.

En cuanto al asunto del teatro, Albert se acordaba de un artículo en *La Montagne*, al día siguiente de la muerte de Gérard Philipe; allí se decía que el actor era hijo de un famoso abogado. Quizá la profesora tenía razón, después de todo. A Albert debería haberle tranquilizado saber que su hijo no era mejor alumno de lo que lo había sido él; era incluso la ocasión soñada para dejar caer su frase preferida, con la que ponía fin a cualquier conversación embarazosa: «Qué quiere que le diga, nosotros somos obreros.» Nosotros, nunca yo. «Nosotros somos obreros» para decir «nosotros no somos *más que* obreros». Pero, en lugar de eso, aquella revelación, sumándose a su deseo íntimo de acabar de una vez, prendió la mecha de la sucesión, de la transmisión. Sí, se podía suceder a un padre zapatero, o a un padre campesino, o incluso a un padre mé-

dico o notario, pero no se podía suceder a un padre obrero. Conocía, no obstante, a hijos que se habían hecho obreros a su vez, pero no lo hacían por amor al oficio, era por amor al padre, para demostrarle que no se había equivocado en su vida. Mira, no eres nada, pero yo quiero ser como tú. Y si piensas que no eres nada, yo no quiero ser más que tú. Sí, todo eso era muy bonito, pero ¿en qué tipo de hombre te convertías? Hagan lo que hagan, los hijos de obreros están siempre atrapados, por mucho que, bajo capa de vivir en otros tiempos, acaben por romper con sus orígenes hasta olvidarlos, hasta renegar de ellos, como era el caso de Henri y su pasión por la construcción de puentes hidráulicos que tanto enorgullecía a Suzanne, como si ella tuviera la menor idea sobre puentes y viaductos. Eso todavía podía comprenderlo y soportarlo, aunque también se preguntaba qué tipo de hombre acabaría siendo. Pero aquel día, más allá de la cuestión de la ortografía, esas dos palabras, Poesía e Imaginación, suponían la expulsión de su hijo hacia un futuro repleto de cosas tan desconocidas como aparentemente maravillosas, pero que le eran aún más extrañas que los estudios de Ingeniería de Henri. Gilles lo impresionaba.

Nadie, salvo su padre cuando vino de Verdún en noviembre de 1917 después de haber sido gaseado, lo había impresionado tanto. Pero en aquella época el niño era él. ¡Ahora era al revés, coño! Algo desconocido tembló dentro de él, algo que nunca había sentido y que lo desbordaba. Se le erizaba la piel, se estremecía desde la planta de

los pies hasta la raíz de sus cabellos. Las lágrimas inundaron sus ojos negros al mismo tiempo que confesaba su admiración por su chiquillo. Era extraordinario. Hipaba como un crío y tuvo miedo de que los sobresaltos de su cuerpo, que no dominaba, despertaran a Suzanne. In extremis, consiguió retener su llanto bajo los párpados y que sus ojos se tragasen las lágrimas. Esto le quemaba tanto que en el momento en que los volvió a abrir creyó haber perdido la vista. No podía librarse de ese seísmo interior, él que nunca había derramado ni una lágrima, ni en los entierros, ni siquiera en el entierro de su padre. Un hombre que llora, eso carecía de sentido para él. Salvo algunas veces, los viejos. Había notado que, a partir de cierta edad, los hombres no dudaban en sacar sus pañuelos a la mínima. Se acordaba del tío Pelou, a quien él había ayudado, hacía ya muchos años, a remover la tierra de su huerto. El hombre había sido una fuerza de la naturaleza, pero, con casi ochenta años, carecía de musculatura en los brazos y, a pesar de su avanzada edad, todavía tenía que alimentar a un hijo impedido al que el reflujo del 14 había devuelto como un desecho. Incapaz de agradecerle la ayuda prestada, el viejo se había puesto a temblar como una hoja. Era su cuerpo por entero el que lloraba, sin poder parar. Y sin embargo, Dios sabe que no había mostrado ternura en toda su vida, ni siquiera con su mujer, una santa que se consumía ocupándose de su hijo único condenado para siempre en una silla de ruedas. Al envejecer, los hombres lloran. Era cierto. Quizá llorasen todo lo que no habían llorado en su vida; era el castigo de los hombres duros. ¡Pero él sólo tenía cincuenta y dos años! Cuan-

do la tormenta se disipó dentro de él, esa pena de viejo dejó curiosamente de inquietarlo y acabó incluso por darle serenidad, no en cuanto a su condición de hombre, ni en cuanto a cualquier revelación sobre su capacidad para sentir una emoción, sino en cuanto a la idea de que seguramente se aproximaba el final. Se sintió mejor.

No eran sólo esas dos palabras, jamás empleadas por él, las que lo habían sacudido de tal forma; también era por culpa de Suzanne. A ella no le gustaba tanto su segundo hijo como para acompañarlo en su futura vida de libros. Imposible también contar con Henri, tan mecánico él, para que se interesara por un hermano tan singular. Su primogénito volvería de Argelia tan cubierto de gloria como su padre Camille Chassaing había vuelto de Verdún, aunque éste había sido desmovilizado a causa de sus pulmones hinchados por los primeros gases. Henri había sido muy buen alumno, es decir, un alumno serio, sin historias, el alumno perfecto por naturaleza, contra el que no hay nada que objetar; y Albert había acabado por reconocerlo como un don de Dios, es decir, como una anomalía. Gilles no era buen alumno, era un lector excesivo que no sacaba ningún provecho escolar de sus lecturas, incapaz, por tanto, de saber adónde le conducirían.

Esos últimos días, Albert había buscado a alguien que pudiera acompañar a su hijo. No buscaba a nadie muy intelectual, sólo a alguien que pudiera ayudarlo mejor que él a sostenerse en la vida con un libro en la mano, igual que él había aprendido a sostenerse sobre una bici,

primero con cuatro ruedas, luego con dos, poniendo el joven ciclista toda la carga en el sillín hasta que encontrara por sí mismo el equilibrio adecuado del cuerpo y rodase solo, sin darse cuenta de que su padre lo había soltado. Nada más. Solamente una persona le pareció capaz de sostener de la misma manera a ese lector en vías de serlo que era su hijo: el señor Antoine, un vecino que se había instalado en Assys hacía unos pocos meses. Albert no sabía gran cosa de este hombre, aparte de que era originario de la región, que había sido maestro de escuela en París y que, para pasar su retiro en la comarca, acababa de comprar la antigua casa de Marie Bateau, una solterona que había muerto el otoño pasado después de haber envenenado a todos sus gatos. El señor Antoine era un viejo soltero que evidenciaba conocer la vida porque no daba muestras de esa timidez enfermiza que coarta a los hombres que no han conocido mujeres. Al contrario, un día en el mercado de Saint-Sauveur le faltó tiempo para celebrar la elegancia de Suzanne. Quizá no fuera más allá de los «Buenos días, buenas tardes». Fuera de esto, el recién llegado sabía ser precavido, no perturbar nada, y se dejaba observar antes de ser aceptado en la pequeña comunidad de Assys. Y aunque el tiempo de esa lenta y minuciosa observación no había acabado todavía, todo el mundo de por allí ya se había percatado de una cosa: el hombre leía mucho. Aparentemente, el jubilado se apasionaba también por los mundos microscópicos en los que Albert nunca había estado interesado, pese a que conocía, y muy bien, no pocas cosas de la naturaleza, transmitidas de padres a hijos. Pero sólo por su utilidad, como la pesca, la

caza, el tiempo que haría, los champiñones, el nombre de los árboles, ciertas plantas medicinales y algunas estrellas en la noche. En cambio, para el señor Antoine absolutamente todo era motivo de una escrupulosa observación. El viejo, en el transcurso de sus paseos, parecía herborizar todas las variedades de pensamiento, tanto las minúsculas como las extraordinarias, con un libro en la mano, del que se servía a veces como una prensa para alisar una hoja o una flor a la que nadie jamás habría prestado la menor atención. Un día que Albert trabajaba en su pata-tal, el jubilado había dado media vuelta porque no había podido resistirse a enseñarle un espécimen demasiado raro como para ser él el único que se aprovechara de esa preciosidad. Era una oruga amarilla, del tamaño de un pulgar, jaspeada de azul. Una futura mariposa esfinge, la dama de las mariposas, le había hecho notar el señor Antoine. Albert hizo un gesto como si ya la conociera, cuando en realidad jamás había sabido diferenciar una mariposa de otra, salvo quizá las más grandes, por allí llamadas macaonas. En el fondo, el extranjero procedía con la naturaleza como los habitantes de Assys con él, y Albert había llegado a una conclusión que pesó a la hora de decidirse: ese hombre, como él, se contentaba con poco. Después de su encuentro con la profesora, el jubilado le pareció la mejor réplica que él podía aportar a la poesía y a la imaginación.

Eso fue ayer. Esta mañana se preguntaba si era razonable poner a su hijo en manos de un hombre a quien nadie

conocía. Imposible hacer recaer sobre las espaldas de ese desconocido una responsabilidad que el propio Albert era incapaz de asumir. Nunca tendría que haber ido a verlo, y menos aún con la excusa de llevarle unas legumbres de su huerto. No había sido capaz de abordar a ese hombre, simple y llanamente. Le dio vergüenza, vergüenza de haber reducido a su hijo a un problema de ortografía. Había arreglado la situación para pillar en la trampa a su vecino; siempre con la esperanza de permitir a esa bala imaginaria menearse un milímetro y matarlo, porque no tenía ninguna duda de que finalmente eso pasaría, una vez estuviera solucionado el problema de Gilles. Sin embargo, renunció a esta idea. Era obscena. Las lágrimas afloraron de nuevo bajo sus párpados, de nuevo le quemaban los ojos, aunque sólo eran lágrimas de impotencia. Encerrado en sus pensamientos tanto como se sentía encerrado en ese cuerpo inútil, Albert se atormentaba con otra certeza. Aunque siguiera viviendo, aunque decidiese no acabar de una vez, su hijo estaba condenado de todas formas a soportar, en el seno de la familia, la peor de las soledades. Una renuncia así le parecía una obscenidad aún mayor.